

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, setiembre de 1954

Núm. 1027

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988
GIJÓN

El león agradecido

REMONTANDO el río Tíber se acercaba a su pequeño muelle, de Roma una barcaza que conducía una gran caja de madera, procedente de Nubia. Los marineros la miraban con cierto temor, como si en ella se encerrase un gran peligro. La barcaza, movida por doce remeros, iba acercándose a la ciudad gobernada por el emperador Nerón. Una vez que atracó en el muelle, gritó el piloto a los cargadores que estaban en la orilla:

—Mucho cuidado con esta caja. Tenéis que descargarla a hombros para que no sufra al depositarla en tierra.

Uno de los esclavos del puerto le preguntó riendo:

—¿Traes algún cargamento de marfil?

A lo que el piloto respondió:

—Mejor todavía.

Los esclavos pasaron a la barcaza, dieron unas vueltas alrededor de la caja mirándola de arriba abajo y dijeron que era difícil transportarla a hombros y que sería mejor armar una polea para izarla y luego empujarla al muelle. El piloto meneó la cabeza con disgusto y al fin repuso:

—Bueno, hacedlo como creáis mejor, pero en todo caso id con mucho tiento.

—¿Qué vendrá en la caja?—se preguntaban todos los que habían tomado parte en la conversación.

Los cargadores montaron el armatoste de tablones gruesos, fijaron en su vértice superior una polea, ataron la caja con fuertes amarras y empezaron a izarla. Ya estaban tirando de ella para empujarla hacia el muelle, cuando de pronto se rompió la amarra, cayó la caja con estrépito, se rompieron tres de sus tablas y por el boquete apareció una cabeza peluda que los llenó de espanto.

—¡Un león! ¡Un león!—exclamaron mientras corrían despavoridos buscando un lugar de refugiarse.

Efectivamente, era un león de Nubia, que Nerón había mandado traer para echarlo a los cristianos en el circo.

Salió la fiera con toda calma, miró a un lado y otro, y echó a caminar a lo largo de la orilla, al principio con paso

lento; pero pronto inició una carrera: cruzó el puente Claudio y desapareció por el suburbio del Transtevere.

El grito de «¡un león!» espantó a todo el vecindario. Los transeúntes se encerraron en sus casas y el felino salió a un despoblado y acabó por alejarse hacia las marismas pantanosas del Este de la ciudad.

Era Androcles un muchacho que ocultamente asistía a las catacumbas donde había sido bautizado y donde cada noche recibía enseñanza catequística por boca de algunos discípulos de Cristo llegados de la Palestina a Roma. Durante el día era proveedor de agua potable a algunas familias principales de la urbe. Se había hecho querer de ellas por la honradez de su conducta y la diligencia que ponía en servilas con la mayor solicitud.

Androcles ocultaba a todo el mundo que era cristiano, ya que si se enteraban los espías del Emperador, no tardarían en conducirlo al circo donde sería pasto de las fieras.

Vecino del Transtevere, o sea del barrio que estaba al otro lado del Tíber, salió una tarde a pasear por las afueras de la ciudad y poco a poco se fué perdiendo por los bosques Pontinos. Era feliz. Los núcleos cristianos crecían en Roma como las vides en los terrenos volcánicos y tarde o temprano se impondrían a la autoridad del Emperador pagano.

En estas reflexiones se entretenía su mente cuando oyó, no muy lejos, como un quejido de dolor. Era un gemido sordo y extraño, que no parecía brotar de humana garganta.

Lleno de curiosidad, se fué acercando al lugar de donde procedía el lamento, cuando he aquí que entre unos cañaverales descubre a un animal enorme que, tumbado sobre un lecho de juncos, se lamía constantemente una pata.

Androcles no había visto nunca un león, pero por lo que había oído a algunos esclavos africanos, dedujo que sería una fiera de tal naturaleza la que en aquel momento le miraba

con ojos implorantes y en actitud inmóvil. El muchacho se fué acercando lentamente... El león no sólo no se movía, sino que parecía esperar la llegada de alguien que fuera a socorrerle. ¿Por qué? Porque la pata que continuamente se lamía presentaba una larga espina profundamente clavada en la carne.

El joven romano se arrodilló junto al animal, le acarició un momento, le tomó la pata herida y con mucho cuidado le extrajo la espina que le atormentaba. A continuación mascó algunas hierbas curativas que conocía muy bien, hizo una especie de cataplasma, cubrió la herida y con un pedazo de su túnica le envendó cuidadosamente. El animal se dejó curar, y ya iba Androcles a acariciarlo de nuevo, cuando oyó un gran estrépito de gentes que se aproximaban. Eran soldados que acudían con una recia red de cáñamo para dar caza al león. Este se enfureció ante la presencia de los cazadores, pero herido como estaba, hubo de dejarse prender.

Pasó un año. Androcles solía acudir diariamente, al anochecer, hacia las catacumbas abiertas en el suelo, extramuros de Roma. La abertura era angosta, medio oculta entre zarzales. Palpando en la oscuridad, descendía por una rampa suave de tierra húmeda y penetraba en uno de los corredores subterráneos que conducían a una gran sala natural, donde un santo varón les hablaba de Cristo, crucificado pocos años antes en la cima de un monte de Jerusalén.

Los catecúmenos allí reunidos oían las palabras del discípulo de Cristo, luego confesaban sus pecados y recibían el Pan de la consagración.

Los espías de Nerón descubrieron el escondrijo de los cristianos, y una noche, cuando más entregados estaban éstos a la meditación, penetraron algunos soldados y apresaron a todos los que estaban congregados en la gran sala. Uno de ellos fué Androcles.

Maniatado, como los demás, condujéronle a una mazmorra que formaba parte de las dependencias del circo. Se aproximaba la fiesta onomástica de Nerón y éste quiso con tal motivo ofrecer a los romanos una gran fiesta de sangre. Centenares de cristianos serían arrojados a las fieras para que

en las carnes pálidas saciaran su apetito.

Llegó, pues, el día de la gran fiesta. Las gradas del coliseo estaban repletas de un público desatorado que gritaba sin cesar: ¡Cristianos! ¡Cristianos!

A la hora prevista ocupó su tribuna el emperador Nerón, que llegaba acompañado de Petronio, Vitelio y otros principales personajes de su séquito. La multitud saludó en pie, con el brazo extendido y la frase: «*Salve, salve, Imperator!*» Nerón miró desdeñosamente al populacho y se sentó. Luego hizo un gesto para que comenzase el espectáculo.

Al principio salieron algunos gladiadores que hicieron juegos peligrosos con sus cuchillos y sus redes; pero esto no le divertía al público, que no cesaba de pedir «¡Cristianos a las fieras!» Por fin dió orden el Emperador para que comenzase la matanza.

El primer cristiano que salió a la arena fué Androcles. Como llegaba de una mizmorra oscura, al encontrarse en medio del circo, inundado de sol, se llevó la mano a los ojos deslumbrados.

De pronto, un alarido penetrante rasgó el aire. Androcles se destapó la cara. Era que se había dado salida a un león tremendo, a una fiera hambrienta que empezó a correr en torno al ruedo, como si hubiera sido acosada con picas y lanzas.

El joven cristiano, que estaba en el centro de la arena, vió al león, comprendió que sus propias carnes iban a ser destrozadas en pocos instantes y, alzando los brazos en cruz y elevando la mirada al cielo, se puso a rezar.

También el león vió al joven y se fué contra él como un ciclón. Pero ¡oh prodigio! Cuando iba a dar el salto para clavar sus colmillos en el cuello del muchacho, he aquí que de pronto se detiene, le mira fijamente y, como un cachorrillo, se encorva, se encoge, se arrastra, y comienza a lamerle los pies. Entonces Androcles volvió los ojos hacia la fiera y la reconoció: era la misma a quien él había curado la pata junto a los cañaverales de las marismas.

La muchedumbre se quedó estupefacta. Nerón contemplaba la escena a través de su magnífica esmeralda. El león se levantó, Androcles le puso su mano sobre la cabeza, y así, como un amo que conduce a su cariñoso perro, fueron avanzando ambos hasta la tribuna del Emperador. Una vez ante ella, Androcles alzó la voz y en breves palabras explicó el desconcertante portento. La noticia circuló de boca en boca, y en pocos momentos todo el circo se había enterado del suceso de un año antes.

Inmediatamente estalló un grito que salió de todas las gargantas.

—¡Perdón! ¡Perdón!

La muchedumbre romana pedía que el Emperador perdonase a Androcles. Siguiéron nuevos gritos:

¡Gracia! ¡Gracia!

Nerón se volvió hacia Petronio y le preguntó:

—¿Qué crees que debo hacer?

Petronio le contestó:

—Puesto que ya le ha perdonado el león, tú no vas a ser menos.

—Tienes razón. Queda perdonado. Y sacando el brazo fuera de la tribuna, extendió la mano con el pulgar dirigido hacia arriba.

La muchedumbre batió palmas y Androcles salvó su vida.

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Tenía uno en su viña plantada una higuera. Y vino a buscar fruto en ella y no lo halló. Y dijo al viñador: Hace ya tres años que vengo buscando fruto en esa higuera, y no le hallo. Córtaala, pues. ¿Para qué ha de ocupar más la tierra?

Respondió el viñador y dijo:— Señor, déjala todavía este año, mientras la cavo en torno y echo estiércol. Y a ver si da fruto. Y si no mas adelanta la cortas.

Ya San Juan predicaba a los judíos y les decía:

—«Dad frutos dignos de penitencia... porque ya está puesta el hacha al pie del árbol.

Poco o mucho todos podemos dar algún fruto en nuestras actividades católicas.

El hecho de ser católico, para nosotros solos, no es bastante; es preciso que irradiemos en nuestro derredor algún efecto que pueda ser aprovechado por quienes conviven con nosotros en nuestra vida de relación.

Simplemente, obrando como católicos, en todas nuestras actividades habemos hecho mucha labor por la religion que decimos profesar.

Y si nuestra vida es tan insignificante que no trascienden sus actos a los demás, tenemos el gran refugio de la caridad para que en campo tan amplio podamos ejercer un gran apostolado.

Lo que no podemos hacer es, «no hacer nada» como católicos y aparentar no serlo en ningún aspecto de nuestra vida.

Y si además, estamos encuadrados en la organización de actividad católica, y sin embargo, nos abstenemos de hacer, impidiendo a los demás, que hagan, no haciéndoles trabajar o dejar que ocupen el cargo que se nos ha encomendado, entonces, Dios pedirá cuenta de nuestros actos de acción y omisión y nuestra responsabilidad será muy grande.

Toda higuera ha de dar su fruto.

El tiempo escaso no justifica la apatía e indiferencia en los problemas católicos. No debe faltarnos algún tiempo de vez en cuando para ocuparnos del provecho del prójimo, que si la vida exige cada vez más para poder atender nuestras necesidades, la buena voluntad, y el motivo que nos obliga ha de ser suficiente para animarnos a cumplir un deber de católicos, cooperando de algún modo, a la labor católica en sus múltiples y diversas actividades y formas, que tan variadas son, que fácilmente encontraremos la que mejor se adapta a nuestro modo de ser y de tiempo disponible.

Esta actividad religiosa que debemos considerar obligatoria como católicos, nos ayudará a perfeccionarnos cada día más y nos dará grandes satisfacciones espirituales.

Hagamos algo, poco o mucho, pero hagamos todos algo por la fé que decimos sentir en el corazón y que nos da muchísimas ocasiones de llenarnos las manos de labor meritoria ante los ojos de Dios.

¡Ay de aquellos que lleguen a Dios con las manos vacías!

...Todo árbol que no dé buen fruto, será arrancado y echado al fuego.

R.

Esa parroquia

—¡Caramba, Angelito! ¿Tú por aquí?... Creí que ya te habías olvidado de mí definitivamente.

—No diga usted eso, don Jacinto. ¿Cómo olvidar nunca lo que debo a usted?

—Anda, ingrátón, que desde que te dieron la parroquia no me has escrito ni una vez; antes, siquiera el día de mi santo.

—¡Oh! Ya sabe usted que para escribir cartas tengo una pereza... y dejándolo de un día para otro...

—Sí, sí; se han pasado tres años. ¡Ya estás tú bueno! Pues en el seminario no eras tan enemigo de la pluma. ¿Y cómo te va por tu parroquia? Estás más guapo; has crecido.

—Bien, bien; estoy muy contento. Es buen pueblo, buena gente, se trabaja, se trabaja. Pero usted está igual; no pasan los años por usted.

—Pues mira: para diciembre, Dios mediante, cumpliré los setenta.

—Ya es hora de descansar maestro; me han dicho que sigue usted con casi todas sus obras.

—Y seguiré mientras pueda. ¿Qué es eso de *hora de descansar*? Mientras Dios nos tiene en el mundo, no ha sonado la hora del descanso; ya vendrá esa bendita hora, y descansaremos eternamente allá arriba. Me hace a mí mucha gracia eso de oír decir a hombres en pleno vigor que han trabajado bastante, y que ya tienen bien ganado el descanso.

—Pero usted, a sus años, ya no debía hacer nada: con la capellanía de las Hermanitas tenía usted bastante.

—¡Calla, calla! Cuando Dios quiera que yo deje de trabajar, me quitará las facultades; por ahora... claro que yo no estoy como cuando tenía tus años, pero aún puedo hacer algo, y tengo obligación de hacerlo. ¿Y tú? ¿Qué tal tu parroquia? ¿Es muy grande Castilviejo?

—Sí; es pueblo muy importante, especialmente por la fábrica de paños y el barrio obrero anejo a ella, y que es casi otro pueblo.

—¡Gran campo para trabajar! ¿Y qué haces?

—¡Ah! Pues la parroquia da bastante que hacer. Tenemos cinco o seis novenas al año. Ahora en junio he fundado el Apostolado de la Oración.

—¡Bien, bien!... ¿Y qué más?

—Este año he mandado dorar el cama-

rín de la Virgen de la Antigua, que estaba... ¡Como que mi antecesor no se ocupaba de ninguna cosa!

—Bueno; deja en paz a los muertos, y vamos a lo tuyo. ¿Y qué más?

—Pues el día de la Virgen llevamos un predicador de Madrid...

—¡Hum!

—¿Decía usted?...

—No, nada; sigue, sigue.

—Se llenó la iglesia de bote en bote; nunca se había visto tanta concurrencia; fué un exitazo; yo quedé muy satisfecho.

—Y dime: los domingos ¿se llena la iglesia?

—¡Ay, no, señor! Ni mucho menos. Pero no crea usted que falta gente; tengo varias señoras de comunión diaria.

—¡Ya!... ¿Y hombres?

—Pocos; pero para lo que se acostumbra... Y me han dicho que aún eran menos en los tiempos de mi antecesor.

—¿Otra vez el antecesor?... ¿Y de la fábrica?

—De la fábrica... pues... ninguno.

—Me lo temía. ¡Y lo dices así, tan tranquilo! ¡Y llevas tres años en el pueblo! ¡Y decías que trabajabas!

—Pero ¿usted sabe lo que es la fábrica? ¡Un antro!

—¿Y qué has hecho tú por que deje de serlo? ¡Cruzarte de brazos y decir que aquello es un antro! ¡Muy cómodo, muy cómodo! ¿Qué obras sociales has fundado?

—Ya le he dicho a usted que tenemos el Apóstolado, y la...

—Obras sociales digo. ¿No has ido a buscar a tus feligreses a donde estuviesen?

—No, tampoco.

—Entonces, ¿qué haces?... ¡Nada! Dejar con toda tranquilidad que esas almas se pierdan, y estar muy satisfecho porque el día de la Virgen se llenó la iglesia de curiosos que iban a ver cómo hablaba sin atragantarse el famoso predicador de Madrid. ¿Y es esa la labor de un párroco? ¡Muy equivocado estás, mucho, mucho!

—Pero no me dirá usted que el culto...

—Al culto debes darle el mayor esplendor posible, eso sí; pero sin olvidarte de lo otro, que es antes: de llevar las almas a Cristo, buscándolas donde estén. Y mientras esto no hagas... eres un mal párroco.

—¡Don Jacinto!

—Sí, sí; un mal párroco, puesto que tienes abandonada más de la mitad de tu grey.

—¿Y yo qué voy a hacer?

—¿Has hecho algo? ¿O se te figura que toda la obra del párroco consiste en fundar una cofradía y dorar un altar? Lo menos que pensabas era que con ponerte la sobrepelliz y tocar la campana se te iba a entrar por las puertas de la iglesia la fábrica entera, con chimeneas y todo. ¡Ay, hijo, no! Si los Apóstoles se hubieran contentado con tocar una campanita y encerrarse en el cenáculo, ¡medrados estaríamos! Y un párroco tiene que ser un apóstol, y si no... es una calamidad!

—Pero...

—No hay pero que valga. El buen pastor, cuando se le extravían las ovejas, no se sienta tranquilamente a la puerta de su casa, esperando que las ovejas vayan a buscarle, sino que sale en su seguimiento por trochas y veredas, sufriendo soles o

hielos, destrozándose en las zarzas de los caminos, cayendo y levantándose, y no para hasta encontrar la oveja que se había perdido, y entonces carga con ella y sobre sus hombros la conduce al redil. Y si un párroco no es el buen pastor, ¿quieres decirme qué será?

—Usted no sabe cómo está aquella gente.

—Esté como esté, que ya me lo figuro, con el tiempo que lleva abandonada. Esa es tu obligación, hijo; esa es tu obligación. Al pueblo hay que buscarle donde se encuentre: en la fábrica, en el campo, en el taller, en la taberna... En la taberna, sí; no me mires con esos ojos de asombro, que no soy loco. ¡Si supieras tú cuántas grandes conquistas tengo yo hechas en las tabernas!... Animo, pues, y adelante. Oración y oración. Mira que no te ha puesto Dios al frente de la parroquia con el exclusivo objeto de que hagas la novena de San Roque, y que te pedirá estrechísima cuenta de todas y de cada una de las almas de tus feligreses. ¡Terrible cuenta, hijo! ¡Espantosa cuenta! Y créete que no te valdrá decir entonces: Señor, yo ya tocaba la campana, pero no acudían...

Esther López Valencia

INERCIA

Sin mérito yo soy bueno; no soy malo por inercia, porque yo, para ser malo, me siento débil, sin fuerzas.

No sé ser malo, y si intento serlo de cualquier manera, me impedirá el conseguirlo mi innata y grande pereza.

¡Qué suerte tengo! ¡Qué suerte, si es que el ser así es tenerla! sin méritos, no soy malo; soy bueno, pero sin ciencia.

Por lo que siendo así, bueno, ser algo malo quisiera, para ser algo que fuese flor de mi propia cosecha.

Que ser bueno de este modo tan tonto, ya me molesta, y me parece ser malo ser bueno de esta manera.

Y así, tengo un roe roe que mi conducta me afea, y porque reclama a gritos, no puedo con mi conciencia.

Hermenegildo Rodríguez

EL HOGAR

El templo de la familia es el hogar. Nido de paz y tranquilos afectos, en él se desarrollan lenta y sólidamente los principios fundamentales de la sociedad.

En él la hija aprende a ser buena esposa, la esposa a ser madre, y el niño a transformar sus impresiones infantiles en creencias de hombre.

Débil crisálida, el ser humano adquiere en el secreto del retiro doméstico brillantes alas de mariposa para recorrer los floridos verjeles del mundo.

En el hogar nace y muere la criatura. En él se mira la primera y la última luz. En él se aprende a sentir y a rezar en los brazos de una madre amorosa, a convertirse en honrado ciudadano ante el ejemplo y cariñosas reprensiones de un padre venerable.

En el hogar recibe fortaleza la niñez, consejo la juventud, descanso la virilidad y la vejez consuelo.

El olvido del hogar es un crimen moral, es el primer extravío de un alma insensata, es el momento de desasirse de unos brazos que dulcemente retienen cerca del bien; es la circunstancia necesaria para lanzarse al mal.

Por eso los enemigos de la sociedad son los mayores enemigos de la familia.

ARMONIA DEL UNIVERSO

Este tan admirable concierto con que se mueve y se gobierna tanta y tan variada multitud de criaturas, sin embarazarse unas a otras, antes bien, dándose lugar y apoyándose todas entre sí, es otro prodigioso efecto de la infinita sabiduría del Criador, con la cual dispuso todas las cosas en peso, con número y medida: porque, si bien se nota, cualquiera cosa creada tiene su centro en orden al lugar, su duración el tiempo, y su fin especial en el obrar y en el ser. Por esto verás que están subordinadas unas a otras, conforme al grado de su perfección. De los elementos que son los ínfimos en la naturaleza, se componen los mixtos, y entre éstos los inferiores sirven a los superiores. Esas hierbas y esas plantas que están en el más bajo grado de la vida, que sólo gozan la vegetación, moviéndose y creciendo hasta un punto fijo de su perfección en el durar y en el crecer, sin poder pasar de allí, éstas sirven de alimentos a los sensibles vivientes, que están en el segundo orden de la vida, gozando de la sensible sobre la vegetante, y son los animales de la tierra, los peces del mar y las aves del aire: ellos pacen la hierba, pueblan los árboles, comen sus frutos, anidan en sus ramas, se defienden entre sus troncos, se cubren con sus hojas, y se amparan con su toldo; pero unos y otros, árboles y animales, se reducen a servir a otro tercer grado de vivientes mucho más perfectos y superiores, que, sobre el crecer y el sentir, añaden el raciocinar, el discurrir y el entender; y éste es el hombre, que, finalmente, se ordena y se dirige para Dios, conociéndole, amándole y sirviéndole. De esta suerte, con tan maravillosa disposición y concierto, está todo ordenado ayudándose las unas criaturas a las otras para su aumento y conservación. El agua necesita de la tierra que la sustente; la tierra del agua que la fecunde; el agua se aumenta del agua; y del aire se ceba y alienta el fuego.

Todo está así ponderado y acompasado para la unión de las partes; y ellas lo están en orden a la conservación de todo el universo.

B. Gracián

Comentando

Preparando la maleta

Yo, al presente, me encuentro perfectamente de salud. Como poco, pero con gusto; duermo poco, pero con descanso; no tengo ni pizca de ganas de trabajar; me deleita la buena lectura; los paseos al aire libre son un sedante para mis nervios, por regular tranquilos y educados... ¿qué más puedo pedir?

Es más: creo que en mis relaciones con el resto de la humanidad, soy totalmente normal, que no hago extravagancias, ni ninguna de esas cosas normales que no dejan de ser síntomas inequívocos o de demencia o de decadencia. Me encuentro perfectamente sano, y ante mí fallan todos los experimentos de la adelantada ciencia médica. El que quiera saber cuál es el coeficiente exacto de la tensión en la buena salud, que me consulte, y el que se quiera enterar de la perfecta constitución física interna de una persona sana y normal, que conmigo se compare.

Pues bien; nada de esto sirvió para evitar que un buen amigo me haya visitado

para darme, disimuladamente, un primer aviso sobre mi próximo fin. Se empeña en que haga testamento, y, hasta ahora, la única decisión que tomé en este asunto, es la de dejarle heredero de todas mis muchísimas deudas. Amor con amor se paga.

¿Qué vería en mí el leguleyo en cuestión? No lo sé. Quizás el bolsillo pronto a abrirse, porque yo me miré al espejo y, sin apasionamiento, puedo garantizar que no me vi, ni muchísimo menos, delante de una ruina. Y no obstante, el amigo insiste una y otra vez en su idea de que tengo que testar. Digo yo que será por aquello de que la gota de agua, cayendo con insistencia, horada las piedras. Y a fé que el buen amigo, en su insistencia, más que gotear, ya se puede decir que chorrea.

La idea empezó dando sobre piedra, pero, poco a poco, a fuerza de pensar mal y de insultar «in mente» al interfecto, se fué grabando en mi mente, y hoy ya no me parece tan descabellada. Y termino durmiéndome en sus brazos, haciendo todo lo que él quiera e incluso aceptando a sus familiares por herederos de mi cuantiosa fortuna. Los hombres somos así, como la cera de blandos, y se nos

moldea con suma facilidad. Y mi amigo en su machacona tesonería, está demostrando ser un escultor primera medalla.

Amigo abogado-escultor: si por casualidad leyese estos mal trazados renglones, en los que te comento esa admirable tesonería, machaconería, y otros, «rias» más que de momento no me quedan, pero que voy a recibir de un momento a otro, verás que, entre rosas y espinas mi decisión está ya tomada, y tengo preparada la maleta incluso para partir de este mundo tranquilamente, si es esto lo que deseas. Todo antes que defraudar a un amigo. Yo soy de los que estimo mucho las amistades, y sé de buena tinta que tu amistad es de las de aupa.

Lamento solamente que yo que vivía sin preocupaciones de ultratumba, sin acordarme de que el tiempo corre y de que el tren está próximo a salir, haya sido despertado por tu despertador, algo estridente, y lo que es peor, que me haya dado cuenta de que cuando yo me marche se queden por aquí otros. Yo creía que todos nos iríamos juntos, pero ya veo que hasta para esto se necesitan privilegios.

Hero

Almacenes



Arbués

Covadonga, 27

Materiales de Construcción

Material de "URTELLITA"

Planchas, Tubería, Depósitos

Gijón

Teléfono 1817

Máquinas de coser y bordar

"ALFA"

Exposición y venta: Covadonga, 27 (esquina arque infantil) Telf. 4039 - GIJON

ANTIGUA FUNERARIA
-- DE --

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1.874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. Vaticano

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA
Vda. de Melchor OsorioRelojes, joyas y artículos
para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La

Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)